

PATRIMONIO ARTÍSTICO DE SAN ILDEFONSO A CIUDAD UNIVERSITARIA

Beatriz Gurza*

El patrimonio artístico de la Universidad Nacional Autónoma de México constituye un testimonio invaluable de más de 400 años de historia de nuestro país. En este marco es posible decir que la historia del arte de México se encuentra presente en las colecciones universitarias gracias a que la universidad ha sido heredera de importantes acervos, que abarcan desde la época prehispánica hasta nuestros días; por otra parte, ésta ha generado desde su interior expresiones artísticas y culturales trascendentes. Un ejemplo lo constituye el acervo mural que custodia la institución.

La tradición mural en México se remonta a la época prehispánica, con el surgimiento de una estética ancestral, enriquecida durante la época colonial mediante extraordinarias composiciones pictóricas de naturaleza religiosa y ornamental en iglesias y templos. Así, es posible establecer una sucesión ininterrumpida de expresiones murales que se prolongan hasta el arte contemporáneo. La Universidad Nacional posee entre sus bienes pintura mural de la época colonial, en inmuebles como el Palacio de Medicina y la Antigua Academia de San Carlos. En lo que respecta a la pintura mural del siglo XIX, Rafael Ximeno y Planes y Tiburcio Sánchez se encuentran presentes en el Palacio de Minería, mientras que Ramón Sagredo y José Obregón hacen lo propio en las Galerías Clavé de la Antigua Academia de San Carlos.

Sin embargo, al muralismo mexicano contemporáneo se debe la presencia internacional de México en el horizonte artístico del siglo XX. Cabe recordar que este movimiento pictórico, patrocinado por José Vasconcelos, nació en los primeros años de la década de los veinte en la Escuela Nacional Preparatoria –Antiguo Colegio de San Ildefonso– y en el Antiguo Templo de San Pedro y San Pablo, con artistas como Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros, Roberto Montenegro, Ramón Alva de la Canal, Fermín Revueltas, Jean Charlot, Fernando Leal y Xavier Guerrero. Desde entonces la Universidad Nacional no ha dejado de acoger y generar expresiones murales.

Treinta años después de este renacimiento de la pintura mural, el muralismo mexicano encuentra un segundo gran momento en la construcción de Ciudad Universitaria.

* Historiadora del arte.
Directora de la Casa de la
Cultura Jaime Sabines



A principios de la década de los cincuenta, en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, surgen tres proyectos que buscan restablecer el vínculo entre las artes plásticas y la arquitectura: la Ciudad Universitaria de Caracas, Venezuela; la de Brasilia, Brasil, y la de la ciudad de México.

En este último proyecto, la presencia de las artes plásticas se encomendó a algunos de los más destacados muralistas mexicanos: Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Juan O'Gorman, José Chávez Morado y Francisco Eppens. Estos artistas, de acuerdo con sus concepciones ideológicas y estéticas, vieron en esta experiencia la posibilidad de rescatar la tradición de la escuela mexicana de pintura e integrarla a una arquitectura funcional que, a la vez, recuperara sus postulados originales. Cabe señalar que, en ese tiempo, estos artistas enfrentaban ataques de otros artistas y críticos que cuestionaban su hegemonía en el panorama plástico nacional, así como la experiencia del muralismo integrado a la arquitectura.

La Ingeniería, cuyo edificio aquí vemos, era considerada una disciplina intermedia entre las áreas duras y las humanísticas. Esto la situaba geográficamente en el campus entre los polos de las ciencias y las humanidades.

Foto: Úrsula Bernath, 1958

Los murales de Ciudad Universitaria inauguraron el muralismo en exteriores sobre paredes creadas ex profeso para albergar una obra artística, partiendo de la interacción edilicia entre arquitectos y pintores, desde la concepción original del conjunto arquitectónico. Independientemente de los matices que esta interacción haya tenido entre los artistas y arquitectos, la obra mural desarrollada en Ciudad Universitaria planteó nuevos desafíos a sus creadores. Superficies distintas a las de los inmuebles coloniales; el desarrollo de técnicas perdurables para obras en exteriores e incluso las ideas plasmadas en una obra arquitectónica paradigmática de la recién adquirida modernidad del país, son algunos de los elementos que enfrentarían los artistas en ese segundo tiempo del muralismo moderno.

En 1952, Diego Rivera realizó los bocetos de la escultopintura que decoraría el talud del estadio de Ciudad Universitaria, con el tema *El desarrollo del deporte en México desde la época prehispánica hasta la actual*; sin embargo, otros compromisos, aunados a su fatal enfermedad, le impidieron efectuar el proyecto completo, del que la Universidad Nacional conserva 16 bocetos custodiados por el Museo Universitario Contemporáneo de Arte (MUCA). Rivera decoró únicamente el frente del estadio, obra conocida como *Escudo de la Universidad, mestizaje y deporte en México*. De esta manera, la obra de Rivera se mantuvo ligada a la universidad desde sus años de estudiante, en la Academia de San Carlos, incluyendo su primer trabajo

como muralista (*La Creación*, en la Escuela Nacional Preparatoria), hasta llegar a la última etapa de su vida con este proyecto, en el marco de la integración plástica.

Correspondió a Juan O'Gorman decorar los cuatro muros de la Biblioteca Central con el mosaico de piedra titulado *Representación histórica de la cultura*, el cual, en una superficie de cuatro mil metros cuadrados, ilustra el devenir histórico de la sociedad y la cultura, cuya fuerza motriz es la lucha de contrarios, dando lugar a una obra majestuosa que otorga al conjunto universitario una presencia única, por ser una de las imágenes más conocidas en el país.



FOTO: CESU

En lo que respecta a los tres murales realizados por David Alfaro Siqueiros en la Torre de Rectoría: *El derecho a la cultura* o *Las fechas en la historia de México*, *Nuevo emblema universitario* y *El pueblo a la Universidad*, *la Universidad al pueblo*, éstos forman parte de lo que su autor llamó la nueva etapa del muralismo pictórico-escultórico en exteriores. No obstante que no fueron terminados, son una muestra reveladora del afán inventivo de su creador, que buscaba realizar una obra destinada a ser apreciada por multitudes en movimiento, permanecer en la intemperie, cubrir las exigencias ópticas planteadas por el muralismo exterior y, además, integrarse al carácter funcional de la arquitectura.

Por su parte, Francisco Eppens renovó las fuentes de las cosmologías prehispánicas en sus murales de mosaico *La vida, la muerte y los cuatro elementos* y *El hombre elevándose moral, cultural e intelectualmente*, ubicados en las facultades de Medicina y Odontología, respectivamente, mientras que José Chávez Morado recurrió a temas universales en sus mosaicos *La conquista de la energía* y *El regreso de Quetzalcóatl*, a la vez que rindió un homenaje a los distintos sectores sociales que participaron en la construcción de Ciudad Universitaria con su mural *La ciencia y el trabajo*.

A partir de la realización de estos murales, la universidad ha acogido y generado cientos de obras que cubren muros de escuelas, preparatorias, colegios y dependencias, tanto en Ciudad Universitaria como fuera de ella, algunos realizados por reconocidos artistas, otros por maestros y estudiantes, generando una nueva tradición de la expresión mural universitaria.

Es conveniente resaltar un punto de encuentro entre las obras de los muros de San Ildefonso, las de Ciudad Universitaria, así como las de los nuevos recintos del campus y dependencias periféricas. Es posible decir que, desde Vasconcelos hasta nuestros días, el vínculo entre la pintura mural y la universidad trasciende la mera relación de mecenazgo y de condescendencia hacia los artistas que han plasmado su obra en los muros universitarios. Ante esa relación compleja y rica en vertientes, se puede afirmar que el muralismo mexicano resultaría impenetrable si se prescindiera, en su elucidación histórica, de su vínculo con la Universidad Nacional. ■



Foto: CESU